

■ crítica de teatro

«Rocky Horror Show»

Teatro Romea.— Texto, música y canciones: Richard O'Brien.— Versión catalana: Narcís Comadira.— Direcció: Ventura Pons.— Espacio escénico y vestuario: Frank Szobel.— Intérpretes: Oriol Tramvia, Dolors Laffitte, Maria Cinta, Enric Pous, Biell Moll, Pau Bizarro, Jordi Pontí, Guillem Paris y la colaboración extraordinaria de Christa Leem.

Este es un espectáculo musical, esencialmente musical, y cuyo comentario, en rigor, escapa a la rúbrica de teatro. Pero en el espectáculo ideado por Richard O'Brien, uno de los muchísimos que han utilizado como pretexto la celeberrima invención de Mary W. Shelley con su Frankenstein, hay un texto, una estructura y una intencionalidad, que constituyen las apoyaturas de lo musical y que puede que sean susceptibles de comentario.

Este enésimo toque a la leyenda de Frankenstein, puede ser calificado de desmitificador, aunque en realidad no creo que eso preocupe demasiado. De lo que se trata es de hacer broma, un tanto gruesa y desgarrada, pero broma a fin de cuentas, hilvanándola sobre un recital rock y creando el ambiente «bête et mecant», característico de muchas experiencias, escénicas o no, de los grupos más jóvenes.

El guión, mero pretexto, ofrece la singularidad de estar escrito con malicia y corrección —dentro de lo que logramos entender que no fue mucho— lo que contrasta en gran manera con la grosería del tratamiento y la fonética tremendamente confusoria de la mayoría de intérpretes. No se ve muy claro que la obra tenga otra intención —ni creo que los espectadores se entretengan en buscársela— que esa de ofrecer un entretenimiento musical, espolvoreado y más que espolvoreado con un extenso repertorio de grosería erótica, que imagino debe ser ingrediente fundamental, porque el ánimo del espectáculo es, quede bien claro, de raíz contracultural. Según expresión del propio Oriol Tramvia en estas mismas páginas «la motivación ideológica del espectáculo no puede ser más clara: una butifarra cultural».

Una de las características de la



Maria Cinta, una vuelta sin estridencias

representación de «Rocky Horror Show», originada tal vez por las exigencias de orden musical, es que resulta un espectáculo que para resistirlo se precisa de la intrepidez a prueba de decibelios de la gente joven. No es ese, ay, mi caso, y así se me antojó todo tremendamente ruidoso, confuso y vociferante. Entendí lo que decía Dolors Laffitte y en algún momento a Oriol Tramvia, pero todo el resto, canciones o diálogo se me hizo a duras penas inteligible, lo que, claro está, es un considerable obstáculo para un intento de valoración.

El protagonista ha dicho también, que creía que «una obra como esta no debería representarse en el Romea, sino en un sitio donde la gente —que no tendría que haber pagado— pudiera bailar y tocar lo qué pudiera...». Oriol Tramvia, que sin duda conoce a su

público, es muy probable que tenga razón. Es muy posible, que a base de esa insinuada libertad de maniobra del espectador, la diversión, compartida, se acentuase de un modo considerable. Ahora, sentados en una butaca, la ruidosa mamarrachada que se desarrolla en el escenario, tiene una escasa comunicabilidad. Pero —volvamos al comienzo— es posible que el rock se encargue de rellenar ese apuntado déficit de comunicación, para los espectadores que no comparten el mismo género de melomanía.

El éxito fue notable. Los aplausos muchos. Y Oriol Tramvia, que fue obsequiado con una monumental corona de flores, dijo que éstas eran para todos, y la corona mortuoria para el sindicato vertical.

M. F.

■ sin cortes

Desmadre desmadrado

Ser una madre y ser un desmadre son cosas igualmente serias. Ahora bien, se pierde la seriedad cuando la madre se desmadra lo mismo que cuando se desmadra el desmadre.

Y me refiero, claro, al «Rocky Horror Show».

Si algo tiene Oriol Tramvia es que es un rockeró —rockero a tus rocks— al que no se le puede pedir más que eso, porque eso es más que suficiente, hasta el punto de que tan aficionados somos al rock que no encontramos rockeros profesionales.

Si algo tiene Christa Leem es que es una chavala con envergadura, cazaverdes y que lo único que debe hacer para triunfar es moverse, pero calladita.

Si algo tiene Dolors Lafitte es que no tiene nada capaz de despertar las iras sacras de las cruzadas evangélicas, aunque aparezca en pelota viva.

Y si algo tienen los demás del elenco nada tienen que ver con lo que representan, por mucho que Guillem Paris se empeñe en jorobar su imagen. Quien ha jorobado el asunto es aquel y sólo ese que tuvo la idea de desmadrar el desmadre.

Que sé de ley que quienes hacen la función disfrutan en el escenario, precisamente porque «arriba» hacen de todo menos lo que saben hacer o pueden llegar a dominar discretamente un año de éstos.

Ya que se da la circunstancia de que Oriol Tramvia canta poco y declama mucho.

De que Christa Leem no se despelota y canta en catalán un manojo de rocks que son demasiado para su cuerpo y para nuestros oídos, dado el alto grado de contaminación decibélica que padecen por sistema.

De que Dolors Lafitte se ve obligada a despertar instintos carnales entre corpiños, ligueros y fajas que no guardan relación con su talla de cruzado mágico.

En vista de lo cual, María Cinta, tan discreta ella siempre, deslumbra por su discreción.

Y de todo lo restante, horror, pero no provocado. Rock, pero no aprovechado. Show, pero nunca visto.

G. G.

Mundo del espectáculo

TEATRO ROMEA

"Rocky horror show"

En un papel había leído que Oriol Tramvia intentaba llevar a cabo un desmadre, o, como mínimo, una «botifarra» cultural en el Romea, con el «Rocky Horror Show» del señor O'Brien y en el que nuestro rockero tiene un papel estelar, vamos, de supervedette para utilizar la terminología del Paralelo. Confieso que me encaminé hacia el Romea un tanto escéptico: ¿Una «botifarra» cultural en el Romea? Pues bien, no hubo ningún desmadre ni ningún tipo de «botifarra» cultural. El público — que

asombrosamente no llenaba el teatro — se lo pasó pipa, aplaudió a rabiar y se marchó satisfechísimo y contentísimo. Vamos, que fue un éxito. Más que una «botifarra» cultural fue una botifarra cuaresmal, de esas tan ricas, de huevo, que la gente arrebató literalmente de las manos de las charcuteras de lujo.

Y vayamos ya con el cuento del señor O'Brien, porque se trata de un cuento de niños y para niños, uno de esos cuentos con ogros y brujas bajo los que se esconde un rito iniciático: el paso de la niñez a la

pubertad o a la madurez. Once upon a time una pareja de novios: Ramon Poch y Anna Prou Grossa. Al novio le pusieron Poch porque tenía el pito corto o el paquete poco abultado, como prefieran, y a la novia Prou Grossa pues por eso, porque tenía la vagina «prou grossa». Los novios, prometidos, viajan en un cochecito y en ésas estalla una tormenta y encima se les pincha la rueda del coche. Hay que buscar un teléfono, pero ¿dónde encontrarlo? Como suele ocurrir en todos los cuentos de ese género divisan una luz y se encaminan a ella. Llegan al castillo, llaman a la puerta, les abre un jorobado siniestro y... Al final de la obra el rito se habrá consumado: Ramon Poch y Anna Prou Grossa han pasado de ser una pareja de novios inexpertos a ser una pareja de aventajados transexuales, gracias al interés y al mimo que ha puesto en su iniciación el propietario del castillo, Oriol Tramvia.

Yo, la verdad, hubiese preferido sustituir a la pareja de novios por el Lluquet y el Rovelló — en tal caso la Rovellóna — de «Els Pastorets». Oriol sería entonces «El Tetrabanyes», es decir, el demonio de los cuatro cuernos: los dos frontales, el cuerno capital y el cuarto invariablemente afinado en el trasero. Reconozcan que desde una óptica botifarresca y cultural hubiese sido mucho más efectivo, aunque para resultar realmente efectivo tal vez hubiese que echar mano de un puña-



Final con «corona de flores»... (Foto M. Beneto)

do de diputados rockeros y otro de psíquicos y convertir a Oriol en la diosa Kali del Congrès, la diosa de las mil «banyes», y titular la obra «Rocky Seny Show»... Con todo ello quiero dar a entender que la fuerza de Oriol Tramvia su personalidad, su «carisma», su «El PSUC és més que un club» queda muy diluida en ese cuento del señor O'Brien. Por otra parte, falta un Terenci Moix que lleve el texto del británico a un terreno más ingenioso y «descordat» que ese triste. «¿Acaso te crees que te estás tirando una coca-cola?» como toda respuesta a la chispa de vida que experimenta el Ramon Poch cuando sodomiza al dueño del

castillo. El texto, señores, es muy flojo. Insisto, el trabajo debía encargarse al autor del «Tartan», espectáculo con bastante más trempera, vamos, con bastante más marcha coloquial que el que nos ofrecen en el Romea. El espectáculo está «interpretado»

por cantantes que se producen como unos actores muy discretos, especialmente la pareja de novios, destacando entre todos Christa Leem y el propio Oriol Trambia. Por último les dire que es una lástima que el espectáculo no sea autorizado para los menores.

JOAN DE SAGARRA

MUNDO POP
Por Angel Casas

ROCKY DU DUA SHOW

Imagínense unos «Pastorets» en plan moderno aliñado con rock'n'roll. Con todo el cachondeo tradicional-popular de la obra desquiciado por una versión «revival». Con Christa Leem de arcángel, Oriol Tramvia de Satanás, María Cinta, dulce y rubia de...

Bueno, pues a nivel británico el «Rocky Horror Show» viene a ser la misma idea. El tema clásico (aquí «Els Pastorets») allí es la cosa del horror. Y el aliño, claro es más que el rock'n'roll el «dudua», degeneración comercial del género.

Con este planteamiento rocanrolero es lógico que en el montaje se buscara más entre los músicos y las varietés que entre los actores. Y así nos encontramos con un Oriol Tramvia totalmente innovador en el eje principal, rol de Frank Esteve. Su trabajo ha consistido en alejarse de los esquemas del personaje establecidos en los montajes más próximos (el de Londres y el de Madrid) para recrearlo a su aire, lejos del arquetipo de «loca» que iba adquiriendo en las otras versiones. Frank Esteve es Oriol Tramvia repintando su propio personaje y cantando con verdadera eficacia. Otra que canta es María Cinta. El destino ha hecho que se encuentre en el «Rocky Horror» el es-

tilo de la María Cinta de los primeros tiempos «María Cinta, què, què, què?, se t'acabarà l'ale...» Christa Leem, destacando coreográficamente, como es obvio, por encima de todos, no ha cantado en su vida. Y difícilmente cantará. Sin embargo su voz «estripada» va perfecta al papel de Magenta Guillem París es otro rockero del país.

Como voz —ronca, negroidé— es la más interesante, la más adecuada. Y Dolors Laffitte cierra el cuadro de cantantes. Venida de estilos vocales mucho más líricos y reposados, Dolors se integra a base de oficio aunque evidencia el cambio de estilo.

Estamos hablando del aspecto musical y aquí se acaba el cuadro.

MUNDO DIARIO 11.3.1977

TEATRE

"Rocky horror show", d'O'Brien

«**ROCKY HORROR SOW, DE RICHARD O'BRIEN**»

Cada terra fa sa guerra. I el seu folklore. A Anglaterra el doctor Frankenstein, els vampirs i els castells puxeguts amb lluna plena són com aquí **El saltiró de la cardina**. A partir d'ells totes les variacions i totes les bromes poden ésser enteses. I permeses. Per fortuna el cinema ha propalat tota aquesta fantasmagoria més enllà de les roques blanques de Dover, i avui dia els pastissos condimentats amb un llevat tan específicament britànic poden transitar arreu del món i ésser tastats pels paladars més diversos. Encara que amb el viatge succeeix més d'una vegada que els pastissos es ressequen.

Com ha ocorregut amb aquest **Rocky horror show**, que fa alguns dies va aterrar al Romea i que als crítics no ens han deixat veure fins ara.

En efecte: el retard d'aquesta crònica és del tot involuntari. Per espai d'una setmana **Rocky horror show** ha funcionat semiclandesti-

nament. Hom no sabia quina nit seria l'assenyalada per a fer la presentació pública de la criatura al gremi dels "criticaires" **suspense**, enjòlit. Sembla que, al **Rocky horror show**, li faltava una mica de mantega. Però, com diu la dita, «si grinyola posa-hi oli», i a la fi sembla que el donaren per prou untat.

Rocky horror show és un musical que a Londres representen des de fa una pila de temps. **Rocky**, text, música i cançons de Richard O'Brien, a partir del folklore vampíresc, basteix una farsa polisexual, molt del dia, a fi que cada espectador, espectadora, o el que s'escaigui, escolleixi els al·licients que li facin més gràcia. De fet el seu èxit consisteix a aplicar a l'escenari allò de «trieu i remeneu». I, per remenar, ningú no queda.

L'argument, si és que n'hi ha, és un pretext. Faixa i espardenya britàniques, com ja he apuntat.

La versió barcelonina de **Rocky horror show**, al cap d'una setmana de l'estrena, m'ha semblat un producte **gnòd**. Cal admetre que la música rutlla prou bé i que els

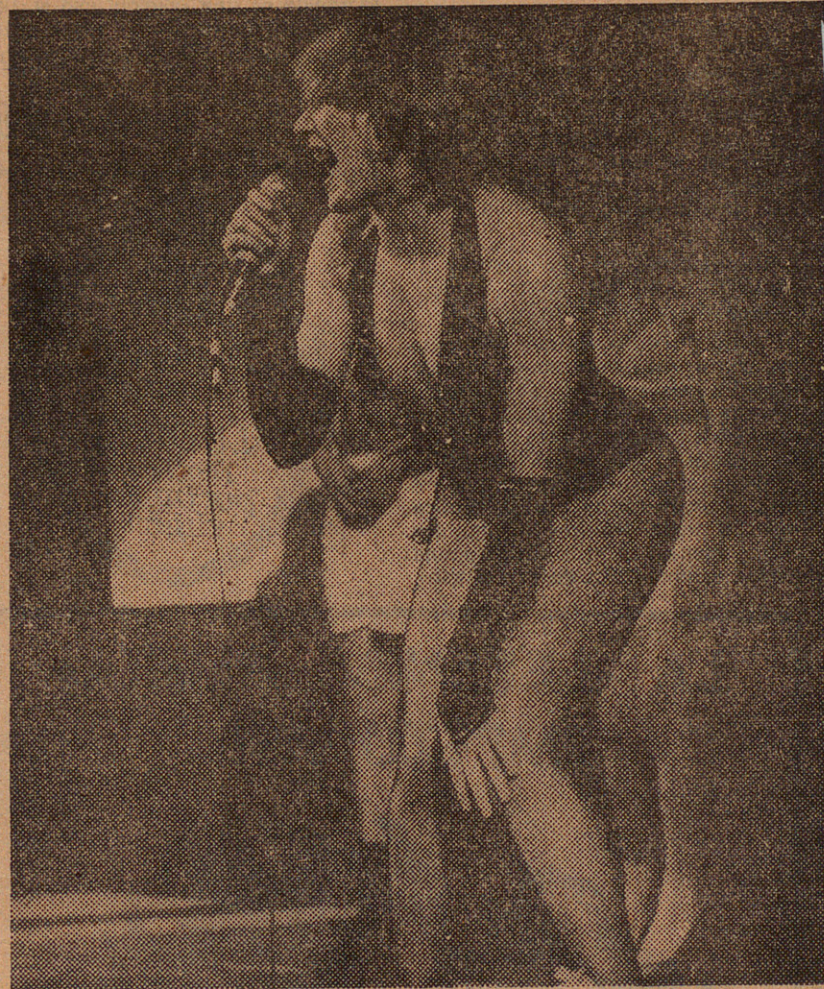
números cantats forneixen els millors moments de l'espectacle. Però els actors que hi intervenen, tot i que no paren de moure's, semblen engolits per l'escenari del Romea, un escenari buit, tristíssim, orfe d'escenografia, que fa de xuclador: al **Rocky** barceloní, li falta ambient, li falta atmosfera. Potser li falten també uns actors convençuts del que fan; ara com ara fa l'efecte que cada un mira de salvar-se individualment, com pot, sense aportar res al conjunt. Per això hi ha moments reeixits, però l'espectacle, contemplat com a tal, és d'una gran fredor. Amb escenes desguitrades, una mica de campí qui pugui.

La traducció de **Rocky horror show** és del poeta Narcís Comadira. La direcció de Ventura Pons. I els actors que s'hi passen són Christe Leem —que hi està molt poc aprofitada, ho estava més, amb més saviesa, al Molino i a Barcelona de Noche— Maria Cinta, Jordi Ponti, Biel Moll, Guillem Paris, Oriol Tramvia, Dolors Laffitte, Pau Bizarro i Enric Pous.

XAVIER FABREGAS

Corona de flores para los verticalistas

Oriol Tramvia y Christa Leem, atracción del Rocky Horror Show



Rocky Horror Show tuvo anoche su estreno oficial en un Oriol Tramvia que superó los mejores números que conocíamos del cantante, dando una inmejorable presencia en el escenario. Christa Leem, a la que vemos en la fotografía de Toni Castellà, dio una nueva versión de su personalidad, una de las más destacadas de la actual escena catalana. Dolors Lafitte, Maria Cinca, Enric Pous, Miel Moll, Paul Bizarro, Jordi Ponti y Guillem París completaron un reparto que ofreció un espectáculo que fue seguido con interés por el público que llenaba el

Teatro Romea. Al final de los aplausos del respetable, en vez del tradicional ramo de flores suvieron al escenario una corona mortuoria con la siguiente dedicatoria que fue leída por Oriol Tramvia:

«Molta sort a tots els cantants, músics, tècnics, actors i tota la companyia en general us desitgen els vostres companys del Sindicat Musical de Catalunya. Les flors són per vosaltres, la corona de morts pel sindicat vertical!» Oriol y los demás actores arrojaron las flores de la corona al público.



Apasionante y bello Rocky Oriol.

Hoy es el estreno oficial en el Romea

Un Tramvia de rock (y) horror

Hoy —con la asistencia de su autor Rochard O'Brien— tiene lugar en el Romea el estreno oficial del musical «Rocky Horror Show», si bien la obra ya se viene representando hace algunos días. Montaje éste al que se le puede recriminar la excesiva falta de actualidad o el dudoso —a estas alturas— interés artístico. En todo caso sería necesario buscar en la diferenciación de la adaptación catalana las variantes concretas que motiven una revisión de la obra. En todo caso, hay una muy clara: para una obra Rock, por fin se ha escogido un personaje marginadamente rock: Oriol Tramvia.

En cierta manera esta obra supone el debut profesional de Oriol como actor de teatro. Antes había realizado algunas cosas de tipo amateur y con un marcado carácter (contra) cultural que marginaba toda apariencia comercial. «Ventura Pons me habló de este papel de «Rocky», y yo vi que lo podía llevar a cabo con un mínimo de profesionalidad y dije que sí (...). No creo que sea una obra maestra, pero tampoco es una mierda. Entiéndeme, existen unas estruc-

turas de primeras figuras, segundas figuras y demás, que tú aceptas, sabiendo que todo podría funcionar mejor de otra manera, pero las aceptas. Dentro de ello, las cosas pueden ir bien o mal, y aquí van muy bien porque todos los que lo hacemos tienen las suficiente marcha para que nos entendamos. En todo caso si hay que recriminar cosas, éstas son de montaje, no escénico, sino más general. Porque, por ejemplo, una obra con marcha como

«Rocky Horror Show», me parece que, en principio, no se tendría que hacer en el Romea, sino en un sitio donde la gente —que no tendría que haber pagado— pudiera bailar y tocar lo que pudiera...».

La obra aborda una historia mítica (la de Frankenstein) y mitificadora a la vez (por el tratamiento). Rock de los sesenta, vestuario simbólicamente estereotipado y sin excesiva relación temporal con los textos, etc. La música, evidentemente, no es continuación de los ritmos duros de Oriol Tramvia como cantante.

—Yo, ante todo —afirma Oriol en los vestuarios mientras lo maquillan lo cual no deja de divertirse considerablemente— me considero una persona sumergida en el espectáculo y como tal hago el teatro como una parte de este espectáculo. Nunca he dicho que yo sea músico a secas. Estoy en todos los campos y no renuncié a hacer, por ejemplo, una película.»

—Pero, de todo un mundo marginal y «underground» por el que te has movido, ¿te ha quedado algo así como el principio de exigir que tus trabajos —tanto en el teatro como en el cine o la música— se mantengan en esta línea? De hecho, aún que no del todo, «Rocky» tiene algo de historia marginal.

—Sinceramente yo creo que dejé de ser marginal hace mucho tiempo. Lo dejé de ser cuando empecé a actuar en Zeleste. Yo sólo he dicho que era «underground» en el primer Canet; en el segundo ya no, porque ya no lo era. Yo no me he mantenido como Picarol, él sí lo es. Siempre que me han ofrecido cosas interesantes las he aceptado sin plantearme si tenía que abandonar el mundo «underground» o no. (...) Mira, lo que intento es ser eficaz. Yo soy posibilista y pactista, y para ser eficaz hay que llegar a mucha gente, y esto me lo puede proporcionar estar un día en el Romea.

—Pero «Rocky Horror...» ¿qué motivación ideológica puede tener?

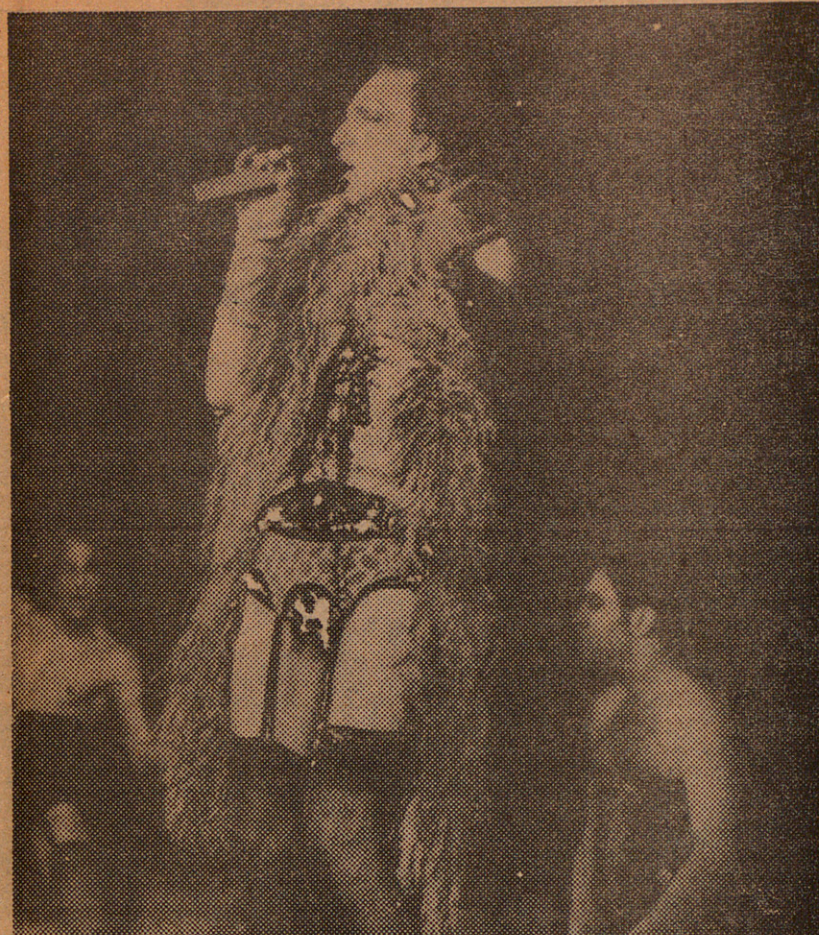
—Una muy clara: La «butifarra» cultural. Algo que mucha gente de este país está intentando. Por esto te digo que mi intención es presentar mi próximo disco en el Palau de la Música, aunque no me lo dejen hacer. Pero si ellos nos han podido despreciar públicamente, yo también los puedo amenazar públicamente, y te digo que todos los homosexuales, travestis, «penjats», furcias, etc. de Barcelona asaltaremos un día de estos el Palau y llenaremos el local de Meleros Gua-

zas. Además —aparte de esto— lo de los señores del Palau de la Música ha sido una nueva oportunidad perdida que los partidos han tenido para manifestarse públicamente.

Oriol se ha declarado reiteradamente (especialmente en una especie de autobiografía publicada en la revista «Star») partidario de las posturas de compromiso contrarias al «pasar de todo». Pero el mismo Oriol explica que su compromiso es como muy consigo mismo y no con una idea o ideología excesivamente clara. El mismo afirma que «estoy en contra de las rejas, llaves, cerraduras, leyes, fascistas y opresión; pero yo pacto y también me bajo, de vez en cuando, los pantalones. Aunque son actos y acciones que me van surgiendo de forma espontánea y no racional, pero —no cabe duda— condicionadas por una forma de ser que la ideología, con el tiempo, ha ido creando. En todo esto —añade— hay mucho de auto-defensa». ¿Qué es el compromiso? Según Oriol esta palabra está ya muy manipulada y nadie sabe lo que es ni con qué se puede estar comprometido: «...lo mejor es que la gente me conozca, o conozca de mí unas cuantas cosas, y viendo mi forma de actuar verá si soy consecuente».

...Y una bestia llegó a Eurovisión

Como con Eurovisión, Oriol acudió con «Bestia» que quedó semifinalista y «Es quan dormu que hi veig clar» de Foix que fue rápidamente eliminada. La cosa fue —según él— un éxito. «Imaginate, ¡semifinalista! Supón que gano, y ya me ves por Europa —ante toda Europa— chillando ¡Bestia! a la cara de todos los europeos y encima como representante de España!»



En un momento dado, Ismene queda representada por un travestí, cuyo papel lo interpreta Pep Maur Serra (Fotos: A. Castellá)

Increíble pero casi —por muy poco— cierto. La cosa era más seria: «... el motivo era uno y muy claro. "Si queréis participación, pues participamos." Era como un acto simbólico de ruptura de toda una corriente —la realmente rock— que quiere tomar presencia y que quiere que se le reconozca, por lo menos, su existencia real. Algo como lo que sucedió en el V aniversario de la Asamblea de Catalunya. En aquella gratuita descalificación que nos hicieron a los rockeros, podían tener razón unos u otros, pero es evidente que nosotros como músicos existimos, e incluso —afirma enseñándome un carnet simpatizante de la Asamblea— dentro de la misma organización. ¿Cómo puede entonces tener razón una persona que me diga que no represento algo cuando una parte de ese algo soy yo mismo?».

Según Oriol está muy claro que en estos momentos el rockero —si bien es una ideología muy concreta— tiene que tomar presencia: «Es como lo de Frank Zappa, él cada año se presenta a las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, y con ello los grupos de rock toman su postura...».

Entre purpurina

Y Oriol, ya sumergido en mallas, plumas y purpurinas, acude al escenario donde —con María Cinta, Dolors Laffitte, Christa Leem, Enric Pous, Biel Mill, Pau Bizzarro, Guillem Paris, Jordi Ponti y el grupo musical Bathka— intenta llevar a cabo un desmadre, o, como mínimo, una «butifarra» cultural.

Ernest CALLIS